





NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ



Alberto Aronovitz

NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ



Primera edición en español: octubre de 2023  
Primera edición en hebreo: Tel-Aviv, 2013, Ed. Ophir Bikurim

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.  
© Alberto Aronovitz

ISBN: 978-84-19899-76-7  
ISBN digital: 978-84-19899-77-4  
Depósito legal: M-30678-2023

Editorial Adarve  
C/ Luis Vives, 9  
28002 Madrid  
editorial@editorial-adarve.com  
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Queda prohibida la reproducción total o parcial del presente libro, cualquiera sea el medio o el soporte, sin la previa autorización escrita del autor solicitada a [berulo@gmail.com](mailto:berulo@gmail.com).

*Este libro está dedicado a mis padres, Juanita y Arnoldo,  
y a mis abuelos Bernardo, Sofía, Vera y Lázaro de bendita  
memoria, quienes me acompañan en cada momento de mi vida.*

*No importa lo alto que tus ramas crezcan...*  
*Nunca olvides de regar las raíces para que tu árbol no se seque.*

EL ABUELO



## Prefacio

La lengua puede compararse a una especie de plastilina que, en manos del autor de un libro, se deja modelar *a piacere*, dando nacimiento a las palabras, frases y párrafos que componen la obra.

Sin embargo, cuando el escritor se aleja de su país durante varias décadas, perdiendo contacto directo con el idioma del mismo<sup>1</sup>, se verá sorprendido al constatar que el tiempo y la distancia transformaron esa suave y amistosa plastilina que es la lengua en una «dura barra de hierro» muy difícil de manipular. De ese modo, en lugar de fluir naturalmente y ser amiga del escritor, la lengua se transforma en una verdadera rival, que exige inusitadas fuerzas para ser doblegada en cada oración. Y así, casi sin darse cuenta, el escritor se descubre luchando con cada frase, titubeando si cierta palabra se escribe con «h» o sin ella, con tilde o sin ella, e incluso dudando cuál será el modo pasado de un verbo.

Esto es precisamente lo que me sucedió cuando comencé a escribir el presente libro. Por un lado, la trama del mismo estuvo siempre flotando como una nube sobre mi ordenador, mientras que, por otro lado, la escritura me jugaba incansables y tediosos juegos de escondida.

La obra que tiene en sus manos es el producto de cinco años de gestación literaria. No se trata de un trabajo autobiográfico, sino

---

<sup>1</sup>El presente libro fue escrito originalmente en hebreo.

de pura ficción, aunque —como no podría ser de otra manera— resultaría imposible que un autor pudiese desolidarizarse completamente del contenido de su creación.

Mi sincero reconocimiento a la Editorial Adarve y su excelente *staff* por el titanesco trabajo de edición y publicación de esta novela.

Mi eterno agradecimiento a las siguientes personas: Margarita Godoy, Leonardo Aronovitz, Marina Winzer (directora de la sociedad de traducciones Trans–Adapt) e Ilana Eshel, por sus lecturas y sabios consejos.

ALBERTO ARONOVITZ  
2022

## 1. Israel, noviembre de 1993

—Hola, ¿hablo con Miri?

—Sí, ¿quién habla?

—Me llamo Alex... Me dio tu número la señora Maya, madre de Irit<sup>2</sup>.

—¿Irit?, ¿qué Irit?

—Irit, la esposa de Haim —agregué un poco desconcertado.

—¿Haim? No conozco ningún Haim... ¿Seguro que no te equivocaste de número?

—Creo que no —agregué—. ¿Hablo con Miri Milstein?

—Sí, pero disculpá, no me gustan que den mi número sin consultarme, entonces...

—Un segundo, Miri —dije, tratando de salvar la situación—, como, de todas maneras, ya estamos hablando, podemos cambiar algunas palabras para conocernos...

—Perdón, pero no tengo tiempo para perder, así que buenas noches y adiós —y colgó.

Y yo me quedé con el tubo en la mano, decepcionado y enojado, reflexionando en la extraña experiencia telefónica que acababa de sufrir. ¿Por qué la madre de Irit no le dijo a su hija que yo la llamaría, tal como le había dicho a Maya que haría?, y ¿por qué Miri, una chica soltera que frisaba sus treinta años y que, según los

---

<sup>2</sup> En Israel es muy común que, entre amigos o familiares, se comunique el número de teléfono de una persona a la cual se quiere presentar a otra, normalmente habiéndola advertido previamente. Pero este no es siempre el caso, como se desprende de esta historia.

parámetros israelíes de la época, debería estar «presionada» por encontrar su alma gemela, me cuelga el teléfono en la cara, sin dejar chance alguna a algo que podría haber sido una bella historia de vida para ambos?

No tengo respuesta a estas interrogantes, ya que, desde hace tiempo, dejé de tratar de comprender la mentalidad de algunas jóvenes israelíes. Si no, observen esto:

—Hola, ¿hablo con Livnat?

—Sí, ¿quién es?

—Me llamo Alex... Un amigo común, Igui, me dio tu número.

—¡Ah, Igui! Sí, un tipo bárbaro que no veo desde hace un tiempo. ¿Sabés si ya se casó?

—Todavía no, pero creo que lo hará en uno o dos meses. ¡Parece que finalmente encontró a alguien que lo empujará a la *jupá*<sup>3</sup>!

—Claro —Livnat suena muy simpática—, hoy en día es muy difícil dar con una persona que nos corresponda.

—Exacto —respondo (Igui me había informado de que Livnat se moría por casarse, y que estaba inscrita en tres *shadjaniot*<sup>4</sup>, sin haber aún dado con la persona ideal)—, yo también busco la perla rara desde hace tiempo sin dar con ella; ¿a lo mejor eres tú, Livnat?

—¿Quién sabe? A lo mejor sí —risas—. Contame un poco sobre ti.

—¿Sobre mí? —dije sin alardear—. Estoy en Israel de vacaciones, ya que estudio en Francia, donde acabo de terminar una especialización en Comercio Internacional.

—Y estás aprovechando tu estadía en la Tierra Santa para buscar una compañera de vida, ¡bravo! —risas.

—Livnat —dije entusiasmado—, encuentro que sos muy interesante y que tendremos muchas cosas para hablar... ¿Aceptarías una invitación a tomar un café<sup>5</sup>?

3 En el judaísmo, la *jupá* corresponde al «altar» en las ceremonias matrimoniales.

4 En la tradición judía, las *shadhaniot* son las celestinas que intervenían para arreglar los matrimonios. En la actualidad, esa profesión se institucionalizó, y existen sociedades comerciales que realizan esas tareas.

5 Según la costumbre, en este tipo de encuentros a ciegas se estila solamente tomar

—Con placer. Te llamás Alex, ¿sí? Estaré ocupada hasta el jueves, pero, si quieres, podríamos vernos el viernes por la noche.

—Livnat, me encantaría, pero yo respeto el *shabat*<sup>6</sup>.

—¿Qué?, ¿sos un *dos*<sup>7</sup>?

—No, no soy para nada un *dos*, por lo menos del modo que lo entienden hoy en Israel —me pregunto: ¿por qué todo el tiempo tengo que estar justificando lo que soy?—. Sabés, Livnat, fuera de Israel las cosas son diferentes...

—Decime, Alex: (¿dónde se esconde ahora la voz simpática y amistosa?), ¿vos comés solamente *kasher*<sup>8</sup>?

—Digamos que no como nada que sea prohibido, pero no puedo asegurar que todo lo que como sea cien por ciento *kasher*.

—Y no viajás en *shabat*...

—Livnat, en principio no viajo en *shabat*, pero yo no soy estrictamente...

—Entonces, tengo razón, Alex, ¡sos un *dos*! —dictaminó sin dejarme la opción de apelar. Todos mis intentos de explicar a Livnat que mi estilo de vida no correspondía al de los *dos* de Israel se estrellaron contra un muro blindado de acero. Y entonces llegó la sentencia:

—Mirá, Alex, me parecés simpático e interesante, y no tengo dudas de que también sos inteligente, pero no creo que esto pudiera funcionar entre nosotros. Mejor, no perdamos nuestro tiempo y energías. Te deseo mucha suerte.

Cuando la conversación concluyó, me quedé solitario con mis reflexiones. El tipo (es decir, yo) está impregnado de las tradiciones israelitas. Luego viaja a la tierra de sus ancestros para tratar de dar con una compañera sentimental, ¡y es justamente allí, en el

---

un café. Si hay «química», las partes se verán más tarde.

6 En la religión judía, en *shabat* es un día de reposo en el cual, entre otros, no se permite encender luces ni manejar ni realizar transacciones en dinero.

7 *Dos* es una expresión peyorativa que utilizan algunos laicos para caracterizar a los judíos religiosos muy estrictos.

8 *Kasher* es la cocina que corresponde a la ley judía.

Estado judío, donde, paradójicamente, es rechazado a causa de su judaísmo! Y esto a pesar de que —tal cual quise infructuosamente explicárselo a Livnat— yo me sitúo a años luz del extremismo y fanatismo.

En realidad, yo me crié en una familia no religiosa, porque en casa todos éramos indiferentes a la religión. Salvo algunas fiestas tradicionales, el judaísmo nunca ocupó un sitio central en nuestras vidas. La razón de esto es compleja y triste. Mis abuelos llegaron a Sudamérica antes del Holocausto, refugiándose de las masacres de la Segunda Guerra Mundial y dejando atrás en Polonia a sus padres y hermanos. La idea era encontrar trabajo y juntar dinero para traer a todos los que quedaron en Europa. Sin embargo, en julio de 1941, mi abuelo se enteró de que sus padres y familia fueron quemados vivos, junto a toda la población judía de su pueblo. El *shock* fue tan grande que él se preguntaba: «¿Dónde estuvo Dios cuando mis santos padres, que nunca hicieron mal a nadie, fueron quemados en Polonia?». Entonces, sin convertirse en antirreligioso, mi abuelo (y con él toda la familia) abandonó el camino de la religión. Adicionalmente —contaba mi abuela—, en esas difíciles épocas de refugiados en Argentina, la familia estaba demasiado atareada con lograr el sustento diario para preocuparse de la religión y enseñar sus principios a mis padres.

Años después, cuando mi hermano y yo llegamos a la edad de entrar en secundaria, nuestros padres pensaron que sería justo enviarnos a un liceo judío para que nos impregnáramos de las tradiciones que les fueron negadas a ellos. Y fue así que nos enviaron a un liceo judío de Buenos Aires. Durante los estudios me acerqué a un grupo de jóvenes tradicionalistas, mientras que mi hermano, que había seguido la misma vía, se apartó totalmente de la religión.

En lo que me concierne —y para que vean que soy una persona completamente normal—, describiré a continuación cuál es mi relación con la religión. De esa manera, podrán constatar que las

extrañas historias que contaré más adelante no me sucedieron por ser —Dios no permita— un bicho raro.

Dicho esto, para mí la religión es asimilable a un sistema jurídico compuesto de leyes, reglamentos y ordenanzas, que deben ser respetados. Es obvio que hay leyes que no gustan a todos (¿quién se regocija pagando impuestos?, ¿quién ha tenido un orgasmo al descubrir una multa en el parabrisas de su auto?). Sin embargo, la ley debe aplicarse para evitar que el mundo se transforme en un caos total.

Lo mismo sucede con la religión, que también es un sistema jurídico: existen normas religiosas que fueron ordenadas por un «supremo legislador». Así lo creo yo. No sé quién es exactamente ese «supremo legislador», de dónde vino ni por qué, en los tiempos que corren, no se deja ver ni sentir materialmente tal como sucedía en tiempos bíblicos, pero en lo personal, tengo suficientes pruebas para convencerme de que sí existe (ese, sin embargo, es un tema para otro libro...).

Por eso, mi punto de partida es que, si yo creo en la existencia de un supremo legislador, debo naturalmente seguir las reglas que él me dictó; incluso aquellas que no me gustan.

Una pregunta diferente es el nivel de respeto de dichas normas. Por un lado, se puede ser meticuloso y cumplir religiosamente (valga la redundancia) los preceptos religiosos, mientras que, por otro lado, se puede ser como yo, que trato de respetar esas normas, pero sin llegar a convertirme en un verdadero santo.

Para completar el cuadro, les contaré cuál es mi apariencia: me elevo a la altura de un metro ochenta, calzo número 46, mi pelo es negro, mis ojos marrones, mi cuerpo extra largo y proporcionado. Y, si son un poco curiosos, les contaré que mucha gente me

pregunta si soy italiano, y que más de una vez me han dicho que les recuerdo al actor Robert de Niro, especialmente al observar algunas de mis fotos en las que hay cierta similitud. Me gustan los deportes, y aparento menos edad de la que tengo.

La historia de este libro comienza hace unos cuarenta años, en mi ciudad natal...



## 2. Buenos Aires. Enero de 1974

Son las siete de la tarde. Estamos sentados en casa de mis padres, en el hermoso barrio de Palermo. Afuera está cálido y agradable, típico tiempo del mes de enero en el sur de Sudamérica.

—Entonces, si cada uno pone 1.000 pesos, tendremos en total 6.000... Amigos, eso no nos alcanzará ni para dos —dijo Leo.

—Pero... ¿de dónde sacaremos más dinero?— preguntó Carlos—. Todos pusimos en la caja común hasta los regalos que nos hicieron para el viaje.

Estábamos desesperados y cada uno trataba de excavar dentro de su cerebro con la esperanza de encontrar una fuente de financiamiento suplementaria.

—¿Y si tomamos una parte de la plata que juntamos para el viaje a Israel? —preguntó Tito.

Al escuchar sus palabras, todos saltamos con los ojos bien abiertos, mirando a Tito como si, en ese mismo momento, acabara de inventar la rueda.

—¡Paaaaaa! Qué idea brillante —dije maravillado, manifestando la opinión de todos los presentes en el cuarto.

—Sí, ¡genial! —agregó Leo—, pero... ¿y qué hacemos con las chicas? Recuerden que la mitad de ese dinero es de ellas.

Leo tenía razón. Éramos doce amigos que estudiábamos juntos en el mismo liceo judío, y planeábamos viajar a Israel al graduar-

nos, quedándonos allí —primero, como voluntarios en un *kibutz*<sup>9</sup> (la idea surgió luego de la guerra del Día del Perdón)— para luego inmatricularnos en una universidad cerca de Tel-Aviv. El grupo estaba compuesto por seis muchachos y seis chicas. Dos meses antes del viaje, hicimos una especie de kermesse, en la cual los participantes donaron dinero «en favor de la loable meta de ayudar al grupo a viajar a la Tierra de Israel». La colecta fue un gran éxito y logramos juntar unos 8.000 pesos. Esa hermosa suma debía servir para organizar excursiones, fiestas y distintas actividades para el grupo una vez en Israel.

—Entonces —continuó Tito—, propongamos a las chicas disolver la sociedad, y cada uno recibirá ahora su parte relativa de los fondos. Nosotros usaremos esa plata para nuestra «fiesta de despedida de Argentina», y ellas guardarán la suya para Israel, donde no nos privaremos de pedirles que nos conviden con lo que compren.

—¡Aprobado! —gritamos todos, alzando la mano como si estuviésemos en un parlamento.

—Queda solamente un problema —dije—: ¿Cómo les diremos a nuestras amigas que los fondos serán divididos aquí y que no los usaremos para el fin por el que fueron recaudados?

—Ningún problema —dijo Mario, uno de los bandidos del grupo—. Déjenlo en mis manos. Yo hablaré con Raquel, que se muere por mí y no osará decirme que no... Ya se me ocurrirá alguna historia; y después ella convencerá al resto de las chicas —luego se puso de pie gritando—: ¡Adiós, amigos! —mientras volaba hacia la puerta de la casa, y agregó—: ¡Les informaré máximo dentro de una hora!

—¡Vamo' arriba, muchachos! —gritamos, saltamos y cantamos sobre las camas, tirándonos con las almohadas, cuadernos, zapatos y todo lo que encontramos a mano..., hasta que mi madre, asustada, comenzó a golpear en la puerta creyendo que había estallado la tercera guerra mundial.

9 El *kibutz* es una cooperativa agrícola típica en Israel de aquellos años.

El hermano de Mario tenía unos veinte años, y era «grande» respecto de nosotros, que éramos unos «pendejos» de entre diecisiete y dieciocho años. Él estudiaba Medicina y conocía bien la vida nocturna bonaerense. En cambio, los conocimientos que nosotros teníamos eran más o menos teóricos, basados principalmente en desgastadas revistas *Play Boy* y similares de los años sesenta, que habían desembarcado en nuestras manos por vías sombrías y misteriosas.

Mario habló con su hermano y le explicó que queríamos organizar una fiesta de despedida antes de partir a Israel en calidad de voluntarios pioneros. La idea era que la fiesta quedara grabada para siempre en nuestras memorias.

El hermano de Mario comprendió rápidamente nuestra intención, y preguntó con mirada profesional:

—¿Cuántos son?

—Seis —respondió Mario.

—¿Y por cuánto tiempo quieren a las mujeres?

—Por toda la noche —respondió Mario, rápido como un misil.

—¿Por toda la noche?, eso les va a costar por lo menos 25.000 pesos —calculó el hermano.

—¿Qué?, ¿tanto? —preguntó Mario al borde del delirio.

—¿Qué te pensás, Marito? Es «mercadería» de calidad, son todas modelos, mujeres de alta clase. No querrás que vengan seis gatas de gotera, que les roben su dinero, ¡y al final viajar a Israel con toda la calentura adentro!

—Dame diez minutos para hablar con el grupo y vemos qué podemos hacer —dijo Mario.

Y entonces comenzó el maratón de consultas más importante desde la Conferencia de Versalles: llamada a Títo, llamada a Carlos,

llamada al hermano de Mario, nuevamente llamada a Tito, y todo recomenzaba nuevamente. Rascamos nuestros bolsillos hasta tocar el último peso, y luego de una negociación compleja que el hermano de Mario condujo con mano de artista frente al dueño del cabaré Brunilda, donde trabajaban las mujeres, cayó la decisión final:

—Van a tener tres mujeres por cuatro horas —declaró solemnemente el hermano de Mario.

—Pero ... somos seis —comenzó a quejarse Mario.

—Eso es lo máximo que pude organizarles —dijo el hermano de Mario, y continuó—: Ustedes viajan juntos al Kibutz, en Israel, ¿no? Entonces, vayan aprendiendo a compartir todo, como lo hacen todos los verdaderos pioneros... ¡*Hazak Ve'ematz*<sup>10</sup>! —declaró teatralmente, y se fue.

Mientras la batalla de gigantes se jugaba en el «frente del cabaré», Leo y yo nos encontrábamos en la casa de sus padres, que habían viajado de vacaciones a Bariloche, y preparamos la arena en la cual se desarrollaría la fiesta. Compramos pizzas y bebidas, instalamos colchones o camas en cada habitación, pusimos toallas limpias en los baños, encendimos el tocadiscos con música de fondo, nos bañamos y nos sentamos a esperar al resto del grupo con las mujeres mientras discutíamos lo que haríamos y, principalmente, cuántas veces...

A eso de las 23:30 sonó el teléfono y saltamos a responder como tigres ante una presa. Del otro lado de la línea escuchamos la voz de Mario, que nos transmitió en código:

—Llegamos en diez minutos.

Demás está decir que Leo, Carlos, Tito, Andrés y yo, todos hediendo del mismo *after shave*, estábamos sentados como sobre cactus. Transcurrió media hora, que nos pareció medio siglo, y de pronto se abrió la puerta. Mario entró en la casa y, desde la cima de su metro cincuenta y cinco, anunció:

<sup>10</sup> Expresión que significa: sé fuerte y corajudo.

—Locos, la plata apenas alcanzó para tres, porque no tomamos en cuenta que, para sacarlas del cabaré, ¡había que pagarle dos copas a cada una! Ahora tenemos que compartir o repartir la cosa de alguna manera.

—No importa —dije yo, al borde del delirio—, ya encontraremos la solución. ¿Dónde están?

—En el auto de mi hermano. En cinco minutos llegan.

—Pero ¿cómo son? —preguntó Carlos.

—*Guacho*, en tu vida viste una cosa igual, ¡cada una es una bomba atómica!

La baba se nos caía de los labios. Carlos y Andrés se sentaron para disimular el bulto que comenzaba a emerger de sus entrepiernas. No podíamos creer que toda esa felicidad estaba por caer en nuestras manos.

Entonces, sonó el timbre..., y vimos como tres diosas, vestidas con ropas sexis destilando una sensualidad celestial, entraban acompañadas por el hermano de Mario. Tiraron sus abrigos sobre un sillón y lanzaron miradas altivas a la casa: a la derecha, a la izquierda, luego al centro, hasta que una de ellas preguntó en voz alta e irónica, casi ignorándonos:

—¿Y dónde están los hombres?

\*\*\*

A las cinco de la madrugada una de ellas dijo:

—Chicos, ¡nos reventaron! ¡¿Qué fue lo que comieron que sus municiones no se terminan?! Por favor, llamen un taxi que estamos destruidas.

Un último beso y ellas subieron al taxi, que comenzó a alejarse por la calle vacía, mientras sus luces encandilaban los árboles tiñéndolos de amarillo.

Nosotros quedamos de pie sobre la acera, vestidos solamente con nuestros calzoncillos y saludando, ya con nostalgia, al hermoso sueño que se diluyó demasiado pronto. Entonces Mario, que siempre se guarda la última palabra, gritó en voz alta:

—Chicas, ¿ahora vieron dónde estaban los hombres?

Todos comenzamos a reír, y casi gritando bailamos un *bora*<sup>11</sup> en círculo sobre los adoquines de la calle vacía, hasta que varias luces comenzaron a encenderse en las casas vecinas.

Corrimos hacia la casa, nos vestimos, tratamos de arreglar el despelote que habíamos dejado, y luego cada uno volvió a lo de sus padres para terminar de hacer las valijas con vistas al vuelo a Tel-Aviv de la mañana siguiente...

---

11 Danza típica israelí.

### 3. Ramat–Gan, Israel. Octubre de 1975

Estaba sentado en la clase de la universidad, donde logré ser aceptado luego de no pocos esfuerzos y sufrimientos. En efecto, en aquellos tiempos la facultad de Derecho era una especie de torre de marfil muy difícil de conquistar (las numerosas academias privadas de Derecho, que hoy en día pululan por doquier, no existían en Israel ni siquiera en las incubadoras). A mi lado se sentó un muchacho de pelo castaño y un poco gordo, que vino todavía vestido con su uniforme militar, ya que estaba concluyendo su conscripción obligatoria de tres años.

Y se presentó como Arele.

—*Shalom*, Arele, yo soy Alex, de Sudamérica —me presenté.

—No podés esconder tus orígenes, Alex; la pronunciación te delata.

Reímos los dos, porque él imitó mi pronunciación acentuando las «erres» tal cual lo hacemos en español.

—¿De dónde venís en Sudamérica?

—De Argentina.

—Ah, ¡Argentina!, tengo allá familia..., creo que en Córdoba.

—Córdoba queda algo lejos de mi ciudad. Nosotros vivimos en la capital, Buenos Aires.

—¿«Vivimos»? No, Alex, ¡«viviste»! Ahora vivís en Israel! En realidad, ¿por qué hiciste *aliá*?

—Vine porque soy sionista —respondí asertivamente—. En Argentina la situación de los judíos no está mal, y allá tengo mi familia, mis amigos...

—¡Muy bien, Alex! Yo también vengo de una familia sionista. Mis padres vinieron de Bulgaria y se establecieron en un kibutz en el centro de Israel. ¿Dónde estás viviendo?

—Me dieron un cuarto en las habitaciones de los estudiantes. Un cuarto chico..., y somos tres. Todavía no he tenido tiempo de conocer bien a mis compañeros de pieza. Uno estudia Economía y, en su tiempo libre, trabaja en la Policía. El otro estudia Física. Parecen simpáticos, pero, como te dije, el espacio es reducido.

—Alex, ¿por qué no venís una de estas noches a cenar a casa? Así podrás comer algo de la comida casera cocinada por mi madre.

—Gracias, Arele, ¡con gran placer!

Ese fue el comienzo de una amistad de hierro que perduró en el tiempo, y que incluso aquel profesor de Derecho Constitucional que declaró amenazante: «Miren quién está sentado a vuestra diestra y miren quién está sentado a vuestra siniestra, porque, a fin de año, uno de ellos ya no estará en esta facultad» no logró destruir.

La pequeña habitación en la universidad y la falta de privacidad que ello conllevaba me empujaron, en el año siguiente, a alquilar un departamento, fuera del campus, junto con un compañero llamado David. David venía también de Sudamérica y en ese entonces toda su misión sobre esta tierra era poder salvar su examen de Introducción a la Economía, la materia más difícil de primer año de Economía. Nuestro nuevo y hermoso departamento estaba ubicado en la segunda planta de un edificio de cuatro pisos, construido en el cruce de caminos entre Ramat-Gan, Bnei-Berak y Pardes-Katz, cerca de la importante vía Jabotinski.

Un día, mientras escuchaba en mi cuarto un casete de Juan Manuel Serrat, escuché que alguien me gritaba desde afuera:

—¡Hola, hola!

—¿Quién, yo? —pregunté, acercándome a la ventana.

—Sí, vos, ¡buenas tardes!



—¡Hola! —respondí.

La voz provenía del piso paralelo al mío, situado del otro lado de la calle. Salía de la boca de una chica pelirroja y de cara pecosa. Como no llegaba a entender lo que me quería decir, la invité, con señales de mi mano, a cruzar la calle y subir a casa. Cuando abrí la puerta, ella entró y me dijo enseguida:

—Perdóname, te preguntaba por la ventana si no querés colaborar con alguna donación en favor del hogar de huerfanitos del barrio, que tiene serios problemas económicos. Como debés saber, la situación en Israel no es fácil en estos tiempos...

—Me llamo Alex —me presenté extendiéndole mi mano.

—Mucho gusto, yo soy Dina —me respondió dándome su mano fina y suave, a la vez que me explicaba que en Israel no se utilizan esas formalidades.

—¿Y qué hacés en la vida, Dina?

—Soy azafata de la compañía Arkía.

—¡*Wam*, qué trabajo excitante!

—Sí, pero yo soy azafata en tierra, y no en los aviones. Ya sabés: esas que te pesadean cuando llevás algún kilo de más en tus valijas.

—Sí, claro, pero, a pesar de eso, estoy seguro de que beneficias de pasajes gratis cada tanto, ¿no?

—Cierto, pero solamente hacia ciertas destinaciones. Por ejemplo, para viajar a Sudamérica me hacen un descuento del cincuenta por ciento y viajaría en *stand by*; es decir, si hay lugares libres a bordo.

—Eso no importa, Dina. Cuando me vengas a visitar a Argentina, ¡soy yo quien te va a invitar! —si hubiese sabido de qué manera esas jocosas palabras vaticinarían el futuro...—, pero ahora dejame prepararte un rico café brasilero y contame sobre esa institución de huerfanitos.

\*\*\*

Entre nosotros..., no me entusiasmó mucho el encuentro con Dina. Me pareció una chica del montón, sin nada especial. Pero en esa época todavía no tenía cientos de amigos y amigas, y me dije: «Dejemos que las cosas se desarrollen por sí mismas».

Dina descendía de una familia de origen persa, que había inmigrado a Israel hacía décadas. Vivía junto con su hermana, un hermano soldado y su madre, que se había divorciado de su marido hacía muchos años. La señora preparaba comidas exóticas, que Dina traía a mi departamento para alegría propia y de mi compañero David. Y así, varias veces por semana, Dina sonaba a mi puerta, invitándose a tomar «otra tacita de ese excelente café brasileiro con las galletas persas que mi madre acaba de preparar».

Siendo estudiantes relativamente modestos en pleno 1975, nuestro nivel de vida era bastante básico. Por ejemplo, en el departamento no teníamos teléfono y para mí eso era un verdadero problema para comunicarme con la familia en Argentina. Un día, Dina me propuso decir a mis padres que llamaran a casa de ella. Dijo que me gritaría desde su ventana cada vez que yo tuviese una llamada. Así, yo podría salir corriendo, bajar dos pisos, cruzar la calle y subir otros dos pisos, para poder finalmente escuchar la voz de mamá y papá desde el otro lado del Atlántico. El problema era que no siempre llegaba a sentir los gritos de Dina, fuera por los ruidos de la calle, fuera por el alto volumen de la música latina que emergía de mi pasacasetes. Entonces, luego de haber invertido muchas neuronas para encontrar una solución, llegó el resultado salvador: tiré un hilo que salía de la ventana del cuarto de Dina, cruzaba la calle y llegaba hasta mi casa. Allí, lo até a una serie de tapas de ollas y otros chirimbolos ruidosos. Entonces, cuando Dina tiraba del hilo al recibir una llamada de Argentina, se escuchaba en casa una terrible cacofonía de ollas y cacerolas; y esa era la señal de partida de mi carrera de obstáculos que comenzaba en mi cuarto y

terminaba en el salón de su casa, donde, tras la puerta abierta, Dina me extendía, con una sonrisa, el tubo del teléfono dentro del cual esperaban ansiosos mis padres.

En esos tiempos yo tenía diecisiete años y medio, y Dina veintidós. Durante semanas nuestra relación se encontraba en la «zona amistad»..., hasta que un día la invité al cine. Y en el momento en que James Bond peleaba contra la maldita anciana que escondía un cuchillo envenenado en la punta de su zapato, una especie de impulso interior inexplicable me empujó a acariciar suavemente la mejilla de Dina, hacerla tornar su cabeza hacia mí y besarla muy profundamente.

Salimos del cine y caminamos abrazados por la casi vacía rambla de Tel-Aviv, que en aquella época no tenía el hermoso paseo construido años más tarde. La leve brisa de marzo traía a nuestras narices el aroma embriagante del Mediterráneo abrazando las blancas arenas de la playa. Y flotando en ese escenario de sueños, nos besamos mil y una vez. Mis manos empezaron una excursión exploratoria del cuerpo de Dina, pero la magia se esfumó al acercarme a sus pechos, cuando un movimiento firme de su mano me señaló: «Hasta aquí, *caro* amigo, para o te sacamos puntos del permiso».

En los meses siguientes me veía con Dina prácticamente a diario. Cuando empezaba el atardecer, ella miraba a través de su ventana y, al constatar que mi persiana estaba levantada, tiraba de la cuerda. Al son de las tapas de cacerolas, yo miraba y le señalaba que viniera a casa. Luego comenzaba nuestra rutina permanente, que podía durar horas: los dos tirados en mi cama de una plaza, abrazados y besándonos locamente al son de la música latina y romántica. Primero, yo sobre ella; luego, ella sobre mí. Ambos con nuestras ropas..., o por lo menos no totalmente desnudos.

Un día Dina me reveló que era virgen, y yo —a pesar de ser un adolescente— honoré la cosa y la traté con respeto. Y ¿qué es «respeto»? Según mi código de conducta de aquella época, «respeto» significaba que estaba permitido hacer todo, salvo lo que en términos jurídicos se denomina «penetración». Para mí no fue fácil, especialmente porque Dina siempre alcanzaba sus orgasmos de esa manera, generalmente acompañados de gritos de placer retenidos acompañados de exhalaciones diciendo: «¡Alex, Alex mío, Dios mío...!».

\*\*\*

La madre de Dina era una mujer muy acogedora, cuyo cariño por mí se demostraba principalmente por depositar en mi plato cantidades de comida que representaban el doble o el triple de lo que puede comer una persona normal. Estando solo en Israel, a más de diez mil kilómetros de distancia de mi familia en Buenos Aires, me encontré invitado casi a diario a un hogar judío tradicional, en el cual tenía todo lo que me hacía falta en la vida, y ciertamente que allí me sentía muy cómodo..., por lo menos hasta ese día en el cual estaba sentado en el *living*, y cuando Dina fue enviada al almacén de la esquina a comprar algunos productos, su madre me encaró:

—Alex, ¿quieres otra porción de torta de dátiles?

—No, gracias, señora, está deliciosa y ya comí dos trozos. Estoy casi explotando.

—Entonces, ¿querrías otra taza de té?

—No, sinceramente gracias, estoy perfecto —respondí y continué a mirar en la televisión el programa cómico *Lavado de cabeza*, que era una mezcla de sandeces y humor cáustico en blanco y negro, con gran éxito en aquellos años.

—Mira, Alex —continuó la madre de Dina—, quiero hablar contigo.

—Por favor, señora, cuando quiera —respondí, sin imaginar que, en unos minutos, me encontraría atado en una de las marañas más extrañas de mi vida hasta entonces.

—Alex, tú sales con Dina desde hace unos meses. Dina ya no es una niña, ella ya tiene veintiún años...

—Sí —respondí, pensando que se trataba de una simple conversación cotidiana, pero sin imaginar lo que se venía.

—Alex, debes tener en cuenta que Dina es una chica seria.

—Obvio, ella es seria y yo también soy serio.

Debo aclarar que, en aquellas épocas, en Israel la palabra «seria» tenía un significado muy preciso, cuando se utilizaba en el marco de relaciones de pareja. Dentro de mi inocencia, pensé que ser «serio» significaba tener una relación del tipo que todos los adolescentes mantenían.

—Entonces, Alex, ya tendrías que empezar a pensar en el casamiento...

Me llevó un tiempito digerir que la señora había puesto sobre la mesa la palabra «casamiento» con relación a mi persona. En efecto, hasta ese día dicha palabra solo concernía otras personas, que en mis ojos eran mucho mayores y maduras.

—Pero —traté de decir algo, pero sin lograrlo, frente a mi completa sorpresa.

—Mira, Alex, Dina es una chica emprendedora, tiene un buen trabajo, buenas manos, ella te quiere. ¿Qué más hay que esperar?

Y, entonces, me tiró el último golpe de *box* mientras los actores en la televisión me sonreían desde la pantalla:

—Alex, tú ya le hiciste perder medio año, por eso debes hacerte cargo y asumir tu responsabilidad.

Cuando Dina retornó del almacén con los productos, yo me sentía como un boxeador que venía de recibir una andanada de golpes y la campana lo salvaba del *knock out* final.

—Alex, ¿qué te pasa?, ¿no te sentís bien?, ¿estás blanco como el mantell! —me preguntó Dina, quien, según mi intuición, no formaba parte del complot urdido por su madre.

—Alex —dijo la madre de Dina como si nada hubiese ocurrido—, sírvete un poco de pan de pita con fiambre y pepinillos.

\*\*\*

—Y, entonces, ¿alguien puede explicar cuáles eran los hechos del caso Rufeisen? —preguntó a la temblorosa clase el sádico profesor de Derecho Constitucional.

Como ninguno de mis compañeros levantó la mano, el profesor explotó en un severo discurso sobre la necesidad de ser responsable en nuestra futura vida profesional, para lo cual debíamos comenzar respetando y aplicándonos en los estudios universitarios. En esos momentos, yo estaba sentado en la última fila de sillas, mientras mi mente volaba en medio de lejanas galaxias y mi mano dibujaba laberintos infinitos en el cuaderno. Reflexionaba sobre mi conversación con la madre de Dina y me decía que no había por qué caer en el pánico ya que (todavía) nada se estaba incendiando.

Pero me estaba equivocando, y severamente. En efecto, luego de varios días, Dina me invitó a cenar a la casa y al entrar me presentaron a un hombre de alrededor de cincuenta años de edad, flaco, que portaba un extraño bigote que parecía una línea de tinta negra pintada sobre su labio superior.

—Alex —dijo la madre de Dina—, te presento a David, mi hermano, el tío de Dina.

—Mucho gusto, David —dije con una sonrisa mientras le extendía mi mano.

—Escuché mucho de ti, Alex, y ahora veo que todo era verdad. Tú eres un muchacho agradable.

Las «erres» de sus frases sonaban un poco como las sudamericanas, pero eran distintas. Parecían más bien las erres del actor Yehuda Efroni en la película israelí *Levanten el ancla*<sup>12</sup>, donde representaba a Albert, el responsable de origen persa de un grupo de explosivos marineritos que habían subido a su barco.

—Muchas gracias —respondí.

—Vengan a comer —invitó la madre de Dina—. Siéntense en la mesa.

Nos sentamos a comer y, en cierto momento, el tío David se dirigió a mí con una cara sonriente que no escondía la seriedad de sus propósitos:

—Dime, Alex, ¿cuándo será el casamiento?

Miré a Dina con la esquina del ojo esperando que me hiciera llegar alguna rueda salvavidas, pero ella continuó tomando su sopa con una extraña displicencia..., como si la conversación no la concerniera. Y el tío David continuó:

—Tú sabes, Alex, Dina ya está en los años veinte de su vida..., y ustedes ya son pareja desde hace medio año —el tío David estaba bien actualizado, pensé—. Estoy seguro de que un muchacho bueno como tú no pensará hacerle perder a Dina preciosos años de su vida, ¿verdad?

—Alex —la madre de Dina agregó su parte—, Dina ya perdió mucho tiempo contigo. Ahora tienes que asumir tu responsabilidad y decidir. Piénsalo. Un casamiento es algo hermoso. ¡Qué fiesta preciosa les organizaremos! ¡Y Dina estará divina vestida de novia! ¡Después vendrán los hijos, y serán una familia extremadamente feliz!

—Cierto —respondí con voz ahogada y, en ese momento, comprendí que la propia Dina estaba en el secreto de lo que sucedía.

De repente, quise encontrarme lejos, muy lejos de esa «silla eléctrica» en la que me habían hecho sentar sin mi consentimiento.

---

12 Este film es el n° 6 de la serie *Esquimo Limón*, que en los años ochenta causó furor en las salas cinematográficas de Israel.

Al concluir la cena, salí de la casa de Dina sintiendo que llevaba sobre mis espaldas una bolsa de por lo menos cien kilos de papas. Había caído en una trampa de la cual me sería muy difícil escapar, y no solamente por el hecho de que Dina vivía frente a mi casa, y desde allí me veían (¿me espiaban?) todo el tiempo, sino porque desde esa noche las invitaciones diarias se transformaron en pan cotidiano de las cuales me resultaba muy difícil escabullirme, no fuera que pensarán que me comportaba de manera deshonesta.

Desde ese día, cada vez que la madre de Dina me veía, no olvidaba tirar al aire frases como:

—¿Y para cuándo los caramelos?

A lo que yo respondía en un esfuerzo estéril por hacer reír:

—Yo ya tuve mi *bar mitzvá*<sup>13</sup>.

Siendo un muchacho bastante inocente, de menos de dieciocho años sin ninguna experiencia en asuntos de matrimonio, sentí una gran responsabilidad (o, mejor dicho, culpabilidad), por haberle «desperdiciado» a Dina, de veintiún años de edad, preciosos meses de su vida... Entonces, estando completamente solo en un país al que había llegado no hace mucho tiempo, e influido por el constante martilleo de la familia de Dina, decidí que mi deber era «cargar con la responsabilidad» y casarme con ella, a pesar de sentir en mi profundo fuero interno que, aparte de una gran atracción física, no profesaba amor ninguno por ella.

¡Sí! tan bien me habían lavado el cerebro en casa de Dina con el tema de asumir mi responsabilidad con infinitas conversaciones que, al final, me dije: «Ok, me caso con Dina..., y si así lo siento, saldré con otras».

---

13 La *bar mitzvá* es el acto en que los judíos celebran a los varones que cumplen trece años, transformándose en hombres. En la sinagoga, al final de la lectura de la Torah (Biblia) por el joven, los presentes acostumbra a tirar caramelos para endulzar su futura vida.